

MEDITACION DEL SER CON APUNTE CERVANTINO

JOSÉ M. HERRERA PÉREZ
Doctor en Filosofía
Universidad de Málaga

RESUMEN

El propósito de esta meditación es situarse ante el problema del Ser reconociendo el lugar descarrado en que nos encontramos los occidentales. No se pretende ni disolverlo como problemas, ni, desde luego, aventurar una solución. Sólo analizar sus extremos comparándolos con dos figuras privilegiadas de la locura con las que les une una azorante proximidad: don Quijote de la Mancha y el licenciado Vidriera. La pluma profética de Cervantes atisba genialmente los dos grandes riesgos de la razón moderna y, acaso, de toda otra razón: el utopismo y la desesperanza. La conclusión, si cabe hablar de resultados cuando sólo se han rozado en formas metafóricas los cónditos del problema, es que los hombres necesitamos de algo más que razones para sostener la vida en esperanza.

ABSTRACT

The purpose of this meditation is to consider the problem of essential nature whilst recognising the lost path that we westerners have taken. We are not trying to break it down as a problem, neither are we trying to propose a solution. We only want to analyse its extremes comparing them with two privileged figures of madness that are joined by an embarrassing proximity: Don Quijote de la Mancha and El Licenciado Vidriera (The Timorous Person). Cervantes's prophetic hand cleverly observes the great risks of modern thinking and perhaps of any other kind of thinking: Utopianism and Desperation. In conclusion, if it is possible to talk of the results when the general aspects have only been touched on in metaphorical terms men need more than just reasons to keep living in hope.

CÓMO MURIERON LOS DIOSES GRIEGOS

Cayeron de manos de un verdugo impío. Un día cualquiera en que sonó la pregunta. Hasta entonces nadie había preguntado. Los dioses eran precisamente la respuesta. Habitaban oráculos subterráneos, moraban misteriosamente en los cuerpos alucinantes de las plantas del estupor. Surgían siempre antes de que apareciera el enigma. Ellos mismos lo suscitaban a menudo, pero nunca bajo la forma amenazante del qué es, muy al contrario. Su respuesta, esculpida en marmóreos hexámetros, extra-

ñaba en el Oráculo, se hacía canto en las gargantas de los aedos, invadía a los hombres mientras portaban entusiasmadas el tirso y la guirnalda. Los dioses, dioses de luz y también de tiniebla, poseían la virtud de calmar por el temor. Así recibían lo suyo: un respeto que se asemeja al secreto, a la confidencia privada, algo que sólo sabe guardarse si se olvida. El dios habita los misterios. Es la ternura en la mirada, esa luz primerísima de la aurora. Su presencia neutraliza a la palabra, que de ser requerida basta como alusión, de suerte que lo que tenga que sonar sonará por sí mismo. Eran palabras para ser guijarro en manos de un río colectivo, para olvidar en un instante y no volverse a profanar. El dios calma y atemoriza, aunque no suscita la duda; él mismo es enigmático y prefiere la umbría del bosque, allí donde su fugaz desaparición pueda ser confundida con la ráfaga sorda que estremece la rama y hace pensar en ningas ocultas de talle incomparable, a la meridiana claridad del templo. No es verdad que los dioses antiguos prefirieran la luz, al menos no esa franja de luz en la que no cabe sombra alguna. El lugar del dios es más ambigüo. Vinculado al parpadeo o la difuminación donde emerge el espejismo, bastaría un gesto imperativo, un signo de desdén para que ya no esté. El vestigio que deja nunca es mayor ni más fuerte que el que sospecha que unía la rama a la hoja. Tal vez por eso los dioses sorprendan en el preguntar cierto Otoño en el que empalidecen las cosas y la languidez, por tan claramente tibia, fuerza sin compasión la huida a nuevas tierras de contraste.

Nunca sabremos quién fue el primero en hacer la temible pregunta. Su memoria se ha disipado en una historia que le debemos, una historia edificada sobre grandes olvidos. Olvido siempre del vencido, que quedó exánime después de provocar un esfuerzo del que en gran medida es causa; de lo presente incierto que nos hace zozobrar y nos impulsa, en contrario y paradójico olvido, a recordar para no vivir el hoy. También a menudo del pasado que oprime. Pero "¿qué son los dioses?", preguntó este enigmático antepasado nuestro. Y nosotros, sus descendientes, que nos figuramos entender muy bien la pregunta, que incluso nos permitimos conjeturar sobre los motivos que la impulsaron, quedamos fuera de toda comprensión al oír sus palabras. "¿Qué son los dioses?". Como si los dioses hubieran tenido un ser, como si lo propio del dios, del dios pagano, anterior a los dioses filosóficos o al dios de carne y sangre, no fuese realmente lo otro. Era excelencia y patrimonio del dios la libertad para no permanecer cautivo en un sí mismo, para no ser idéntico, para operar en sutil metamorfosis. La pregunta por el ser es, desde luego, pregunta por lo que jamás puede ser un dios, pregunta exenta de sentido si existían los dioses, ya que siempre han sido respuesta. Quien preguntó por ello, por el sí mismo de la deidad, había perdido la fe. En su horizonte debía palpitar algo por lo pronto extraño, como al tullido la pierna extirpada. Lo divino no estaba indudablemente a su lado. Sí, en cambio, el vacío de su ausencia. Vacío si cabe más aterrador cuanto más enigmático era el espacio de sentido que aquéllos habitaban. "¿Qué son los dioses que al marchar desocupan un vacío o hueco misterioso?, ¿por qué suscitan el secreto, no de su vieja presencia, sino de su ausencia apenas advertida?, ¿por qué ahora nos es tan necesaria una explicación?". Su retirada nos llenó de gravedad y desde entonces no emprendemos más tarea que intentar llenarlo todo con nuestro propio y sombrío reflejo. Al menos hasta hoy, pues el hombre parece ahíto de sí mismo, dispuesto por fin a clau-

dicar, aunque empeñado todavía en ese hábito nativo, por otra parte insoslayable, de vivir como si siempre andara naufragando en presencia de dolorosos abismos.

EL CAMINO DE LA RAZÓN

No puede el hombre vivir en soledad, bien que ésta sea su morada intransferible, la pequeña prisión donde fue arrojado al altar de los dioses. Es una prisión estrecha e insoportable, sin hendiduras verdaderas. Quien vive en ella siente la necesidad del aire tibio de la mañana estival. Un aire cargado de luz que disipe la sombra interior y avive el ánimo, pues hay que saber que el prisionero es un oficiante de la pasión. Su pasión, su anhelo íntimo, es fundirse con todo lo otro. Cualquier conato de evasión le parece bueno: por eso no deja de hablar, de ejecutar fantásticos e inútiles aspavientos. De vez en cuando se siente perdido y su vigor se diluye en lágrimas de dolor. Todo porque un día faltaron los dioses. Antes, no había hombres. Con los dioses, nadie formuló la pregunta. Fue un día después cuando se nos castigó a residir en ese reducto llamado alma, mínima ergástula donde mora la soledad.

Es cierto que esta soledad extraordinaria que nos aqueja, por ser la soledad del abandonado, nos duele más que otra cosa. Sabemos que existió la comunión del hombre con el misterio circundante. Por eso añoramos ese resquicio que nos permita recuperar la unidad perdida. Un resquicio llamado demasiadas veces razón, ignoro la causa, aunque será tal vez por lo que es demandado.

Contemplando desde esta pequeña hendidura que nos permite salir de la soledad con máscara racional, el mundo de los dioses, de los viejos poetas, de los mitos y las leyendas desplegadas a la luz del fuego o de ese Sol mediterráneo y único, no es distinto del territorio recién destruido por un vendaval furioso. Lo que queda es un yermo campo de cosas inconexas y quizá rotas, de elementos que formaron parte de un todo compuesto, organizado, y que ahora aparecen cual aluvión de mil ríos diferentes. Se sabe, además, que la tempestad arrastró consigo la clave de aquel sistema. Podemos apilar ruinas, no más. Y no nos conformamos: ¡cómo íbamos a hacerlo! Interesa a todos revelar el enigma de una Historia que vivimos ahora como angustura y cárcel desmedida. La huida de los dioses es, desde luego, la otra cara del origen de la razón, una razón que ya no sirve y que pesa como un castigo, pero sin la cual nos parece imposible la salida de la soledad. El hombre quedó solo sin Dios, y aunque confió en un poder que parecía bastarse, ahora sabe que a su soledad no es suficiente la esperanza. Tampoco estamos seguros de que el alma pueda transitar más allá de sí misma.

Y DE LA NADA BROTÓ EL SER

El mito se hacía cargo de los avatares de la divinidad, se espaciaba y crecía en detalles que tenían que ver con las peripecias de los dioses inmortales, claudicando, no obstante, o más bien no proponiéndose bucear bajo la superficie de estas his-

torias suyas, pues lo más sagrado, incluso para el mito, debe permanecer oculto y escondido. En cierto modo esto explica la influencia y el prestigio del oráculo. Pero quizá más reveladora sea la leyenda de las Moiras, de las diosas del destino que todo lo explican y sin embargo, sorprendentemente, nunca se dejan ver. El griego cree de veras en la fatalidad; no en el fatalismo, luego desenrollado o argüido por la desmoralización estoica. El hado es la cadena que sujeta, que abraza a la vez que cimenta el cosmos. Todo está sometido a ese misterioso poder sobre el que los mitos callan. El silencio, si no la ambigüedad, es el signo de lo importante, pues no se llama realidad a lo que se advierte en torno, sino más bien a aquello de que esto procede, fuente desde donde irradian cosas y apariencias. Es por eso que los dioses a los que se refiere el mito no sostienen propiamente la realidad, no fundamentan ni explican nada. Están sobre lo real, confundidos con su piel. El efecto que propician nos es muy difícil de comprender, ya que el dios se presenta como lo enigmático del mundo, ocultando de esta manera cualquier posible incertidumbre de las cosas mismas. Más aún: las cosas mismas, en sí mismas, mientras están recubiertas por el poder metamorfoseador de la divinidad, no cuentan como problema. El creyente se enfrenta a la divinidad como aquello que opera ambigüamente y proporciona a cuantas realidades le circundan una sombra de inconsistencia. Claro que esta inconsistencia, al no contar las cosas por sí mismas, no producen efectos, angustias, sobre el sujeto humano. Mientras se mantiene viva la creencia en los dioses lo natural es el sentimiento de temor frente al misterio o el secreto circundante. Sin embargo, el secreto no mueve a investigar ni incita al descubrimiento. El hombre del mito acepta, se abraza a lo poético de la leyenda como el animal a su instinto. Por ello la destrucción del mito es paralela al proceso de desnaturalización que se observa inigualablemente en la historia de los griegos.

Quedaría siempre al pueblo heleno la convicción ciega de que la apariencia oculta o disimula la verdad realidad, y que traspasar la linde que separa una de otra, era un ejercicio de revelación. Esta creencia está en el origen del Ser, pues es el Ser quien vendrá a llenar el vacío perpetrado por la muerte de los dioses. Sin ellos las cosas se presentan como problema. Hasta entonces habían sido en la transparencia de la deidad, del capricho que se somete al encadenamiento dictado por el destino y que nadie puede ni quiere revelar. Es precisamente al faltar lo misterioso cuando el universo se torna enigmático. De una parte las cosas, de otra los hombres; en medio nada, nada que haga de intermediario, que facilite el tránsito, que lo silencie. Al faltar los dioses se hace preciso arbitrar un principio de circularidad, un instrumento que propicie la circulación del hombre en el mundo. Mas para eso es menester convencerse de que es posible ese tránsito, que la soledad en que queda el hombre al perder sus dioses no es definitiva. Es entonces cuando aparece el pensamiento sujeto a razones, o sea, a sí mismo, pues nada servía ya de firme asidero fuera del hombre mismo.

La filosofía pretendió mitigar el sufrimiento que ella misma produjo al deshacerse de los dioses. Un sufrimiento que fue primero indignancia y después delirio, locura de quien se complace en el heroísmo de la claridad. Sin dioses donde ampararse el hombre si sitúa en la conciencia como si desde ella pudiera hallarse la per-

dida clave de una partitura que debe ser inmediatamente interpretada. ¿Y qué es lo que se busca desde esta conciencia desarraigada e indigente? Se busca lo otro que el tiempo, que eso que nos angustia y apremia. Náufragos de un mundo a la deriva, acaso esencialmente a la deriva, los hombres se obstinan ahora en hallar rumbo a la existencia. No sólo a la suya, sino además a la de todo lo que circunda su propósito. El hombre trata de suplir al Dios veririéndose como tal, y como lo propio del dios perdido era el tiempo, un tiempo caracterizado por la contradicción, las metamorfosis, la permanente destrucción de todo principio de estabilidad, lo que se va a buscar es lo contrario: el Ser, la estabilidad, la cadena que evita la disgregación y el llanto. El Ser poseerá por encima de cualquier otra propiedad la de ser intemporal, pero sobre todo la de ser intempestivo, la de valer para todo tiempo.

El problema del Ser reclama al hombre desde la nada. Es la nada consiguiente a la huida de los dioses, el vacío provocado por lo que antes, en un antes que más que cronológico es histórico, se vivía como aceptado misterio. Debemos entender esto muy bien, pues lo misterioso del mundo y de la vida, concebido como algo sagrado, requerido por la presencia permanente de los dioses, nada tiene que ver con lo misterioso sin más, esto es, con lo enigmático, con lo que pide la ofrenda de una explicación, de un sentido propio. Al hombre del mito le bastaba la revelación poética para serenar su incertidumbre. Ambigüo o turbio, el hermético lenguaje del oráculo, del hexámetro pronunciado en el entusiasmo, salvaba cual dulce sedante. Los secretos del mundo sólo podían revelarse en el sueño, en la locura, en el instante narcótico. La conciencia, el reducido y ambicioso espacio de claridad que vive a ratos el hombre, no contaba. Para nosotros, en cambio, el misterio afecta a lo consciente. Por eso necesitamos claridad. Importa poco que ésta pueda entrañarse en cada individuo concreto. Vivimos el misterio desde la conciencia, y como situarse en la conciencia, en línea de claridad, es situarse en ninguna parte, en cualquier tiempo, pretendemos la verdad, el Ser bajo la superficie. Mas para la conciencia no hay Dios y si lo hay, Dios es conciencia superlativa. Y como es a la conciencia a quien reclama la nada, la nada que ceden antiguos dioses al dejarnos solos, no comprendemos otra forma de Ser distinta de la plenitud. La pérdida de los dioses arrastra consigo, pues, otra pérdida considerable: la del mundo mismo, que será concebido a partir de ese momento como apariencia. La razón, el suelo de la soledad, inicia de esta forma un Imperio que sólo hoy va perdiendo su fuerza milenaria.

PARMÉNIDES EL VICTORIOSO

Probablemente ninguna idea humana ha necesitado más condiciones para aparecer que la idea del Ser. Requirió primero la desaparición de los dioses. Fue preciso después el sentimiento de la angustia, de la profunda desazón producida por la conciencia de la soledad, de la nada circundando un centro por lo pronto apasionado. Hizo falta, además, una ilimitada confianza en ese delicado reducto de necesidad que es el desierto o la prisión del alma. Todo esto para que fuera posible el Ser y la incertidumbre que le da vida. La fertilidad griega es en este punto inaudita. Acaso

nunca más se haya dado tal número de necesidades a un espíritu tan bien dispuesto como el griego. Ha habido incontables veces urgencias extraordinarias, pero jamás tan poderosas y desgarradoras. Existieron desde luego pueblos excelentemente dotados, más habitaron mundos menos exigentes. Lo sublime en este caso es la proporción, el hecho de que el más grande problema fuera planteado al espíritu más enérgico. No sorprende a nadie que durante generaciones y generaciones se haya estado peleando en occidente la misma dificultad, que incluso ahora, cuando se ha hecho visible el mal nativo que aqueja a toda razón que pretende el absolutismo, muchos hombres sigan planteándose la misma cuestión. Unos presumiendo su incorrecta formulación, su ocultamiento. Otros sorteándolo, desdeñando a veces el problema, más todavía con él, bien que es sus formas menos evidentes. Lo cierto es que tanto da replantear la vieja cuestión con jóvenes palabras, que omitirla ostensivamente. El problema del Ser se perpetuará mientras no se recupere cierta inocencia original, mientras no nos instruyamos en el instante apocalíptico en que una soledad recién abierta al mundo encuentra ante sí el agujero de las cosas sin fondo.

No hay otra forma de Ser que la plenitud: ésta es la herencia parmenídea. El resultado, tras incontables vicisitudes humanas, fue este otro principio: no hay más razón que la absoluta. A la plenitud del Ser tiene que corresponder la plenitud del pensar. Mas ahora sabemos que no hay un tal pensamiento absoluto, que el absolutismo únicamente se alcanza en la reducción, en el estrechamiento de lo misterioso al círculo de la claridad, de la conciencia. Instalados en ese espacio de transparencias desaparece, al menos aparentemente, una buena parte de mundo. Y de hecho más que desaparecer queda soterrada, olvidada en un comportamiento estrecho y oscuro incapaz de reprimir su súbito estallido. Algo que se produce desde luego un día cualquiera, pues a la conciencia alimenta, incluso conociendo su voluntad de dominio, su apremiante ambición de serlo todo, una pasión entrañada en la carne donde aquélla habita sin querer confesarlo. La conciencia es, en efecto, una hendidura por donde emerge una voluntad que no lo es, el anhelo de evasión, el impulso de ser todo lo otro. *Eros* es el nombre que daban los griegos a esta presión que nos impulsa, y entre las muchas leyendas que lo explican, la de una unidad que fue otrora y que en todo momento se anhela. La razón, que nació de este impulso nativo, de la añoranza de una olvidada comunión, de una especie de naturalísima eucaristía en que todas las cosas se funden, invirtió el camino y corrió una senda en la que se buscaba la conversión de todo a conciencia y sentido. Esta ha sido la trayectoria que nos ha puesto frente al abismo. Buscando la plenitud hemos ido a parar a la nada, más a una nada que resulta particularmente ofensiva, pues espeja el error del trayecto. Sin confianza en la razón, transitado el sendero que abrió el viejo Parménides, se abren ahora en nuestra soledad mil resquicios por donde prorrumpe una pasión contenida durante siglos, una pasión anhelante que se desborda hacia ningún sitio cual hemorragia incontenible.

Preguntamos cuando hemos visto extinguirse una convicción. La creencia que se derrumbó al lado mismo de Parménides fue la creencia en antiguos dioses inmortales. Parménidees inquirió precisamente por esto que se desmoronaba. Había dos formas de enfrentarse al anonadamiento producido. Una era imaginar que el fondo cimentador de la realidad, de las cosas en torno, desprovistas ya de su prolífica fer-

tilidad como ocasiones para lo divino, en suma, desacralizadas, permanecía inalterable pese a la angustiosa ausencia de los dioses. Puesto que los dioses jamás quisieron fundamentar nada, siendo ellos mismos, en su enigmática ambigüedad, producto de un destino escondido, era posible concebir ese mismo fondo como lo todavía actuante. El Ser, muchas veces expresado en el Poema de Parménides como lo que está encadenado, sometido a una necesidad imperante, posee justamente esa propiedad que antes se había atribuido a la Moira. Es lo intemporal, lo que ata y circunscribe sin hacerse presente, al tiempo que aquello que está más rígidamente sometido a su propio orden. Confusa y sutilmente se asocian a él nociones antes vinculadas al destino: Nemesis, Ananké, Dike, Moira. Con ello se prolonga una cierta tradición cuyo más inmediato resultado es la interpretación de la conciencia como aquello desde donde puede revelarse la auténtica realidad. Si la conciencia, la razón humana, consigue reducir las cosas a su ser oculto, logra inmediatamente cancelar su indigencia, llega incluso a probar que lo suyo de las cosas es no tenerla, por tanto, que la apariencia no es el mundo. La otra posibilidad, que desechó Parménides, pues si no hubiera carecido de sentido su noción de la verdad como *aletheia*, es que el Ser, imaginado o concebido también como fundamento, se mostrara a sí mismo. Es importante señalar esta otra vía, pues en ella asistimos a lo contrario de la revelación racional, de la llamada *aletheia*, ya que si fuera el Ser quien se manifiesta no habría descubrimiento sino epifanía. Como es natural, esta concepción impondría un precepto antiparménideo, pues entonces no se daría perfecta correspondencia entre el Ser y el pensamiento no serviría, en fin, aquello de que "el pensar y aquello por lo que es el pensamiento son lo mismo". La consecuencia que se me ocurre más fértil de esta truncada vía hubiera sido la de una idea menos ambiciosa de razón. Si el Ser se revela por sí mismo, el espacio de la revelación no ha de ser necesariamente el espacio de la conciencia. Cabría a ella la misión de recoger lo descubierto, de integrarlo en un conjunto interpretativo, mas no dispondría de esa absoluta libertad de imposición que atisbamos ahora. Hubiera nacido la razón como un mero instrumento, súbdita de un propósito de una finalidad superior, no como indiscutible soberana. El camino, sin embargo, ha sido ya hecho.

EL MUNDO COMO ESPEJISMO

Pues no otra cosa puede ser un mundo que ha de ser reducido a razón, que para perder su efecto conmovedor y angustioso, producto de la lejana distancia en que se encuentra del hombre, de quien se siente arrebatado, náufrago en su indigencia, tiene que desproveerse de toda realidad. Para alcanzar la proximidad anhelada y permitir al hombre solitario el sosiego de su pasión, el mundo tiene que sometérsele, tiene que atenerse a su razón. Si el hombre es el espejo de la verdad, revelada a su conciencia, la falta de los dioses se cobrará como un beneficio. Es ahora el beneficio de quien puede acceder a lo que antes permanecía oculto y secreto, a lo misterioso. Dueño del misterio, el hombre se diviniza. No es raro que trate después de extirpar la soledad de su alma de un cuerpo que le hinca en una tierra que le des-

borda. La materia, el impulso carnal, la tendencia puramente física, serán vividas como impurezas. Los filósofos olvidarán, en gesto también olímpico, un cuerpo que imaginan cautiverio. A nuestra alma corresponden siderales palacios entretejidos con pilares de éter. Las Heliades han conducido al viajero fuera de la oscuridad, de la noche del cuerpo. Es en la luz pura, donde no caben sombras, en donde se vive auténticamente el destino humano.

Nada más nocivo en la historia del pensamiento, quizá, que este descrédito en que cae el cuerpo al inhibirse la conciencia de cuanto no era ella misma. En el mundo griego se vive el imperio de la claridad como un ejercicio de revocación en el que anulado, fundamentalmente en el terreno ético, es la inclinación. La pasión es reconducida, reinterpretada y en última instancia obstruida por un destino que se explica a sí mismo como ascensión. La misión del alma es purificarse; en el caso más suave, en el de Aristóteles, aspirar a una perfecta racionalidad. Con ello queda obviado todo un ámbito de realidad, precisamente el que menos permite la reducción racional, que, sin embargo, constituye la parte entrañable, de veras arraigada y más viva de la existencia humana. Ni siquiera modifica este impulso de desnaturalización de la conciencia que se inicia de mano de los filósofos el misterio del encarnamiento de Cristo. No importa que los filósofos se hayan hecho cristianos y que tengan que explicar la voluntad divina de ser hombre en el sufrimiento de la carne. Se tiende a considerar de forma cada vez más vigorosa al mundo material como lo que no merece meditación. Si no puede ser reducido a razón es que sencillamente no es. La sombra de Parménides siempre al fondo. Y es que nuestro mundo cotidiano, ese mundo inexplicable a menos que sea resumido bajo el influyente dictado del Ser, está entretejido con pareceres contradictorios y subjetivos, inconscientes; existe más que por naturaleza por obra de la creencia y del lenguaje. "Todas las cosas —expresó Parménides de Elea— son nombres que los mortales pusieron convencidos de que son la verdad". Estamos ante un espejismo, todo lo convincente que nos parezca, todo lo subjetivamente fuerte como queramos imaginar, pero espejismo. La conciencia, nacida de la soledad, engendrada por el terror que inspira a los hombres el vacío perpetrado por la falta de dioses, no puede menos que conjurar su engaño. Es el único modo de restituir la confianza y la unidad perdida. La búsqueda del Ser y el entronamiento del pensar absoluto llevan a esa consecuencia. El extremo de este trayecto, del camino que conduce de la nada al Ser y del Ser a la Conciencia que lo espeja y descubre, está justamente a nuestra espalda. El mundo como edificio de la razón, la razón pura como generadora del sentido, la vida como estorbo insignificante que afecta a los individuos distrayéndolos de un plan, de un destino que es el género, o sea, del hombre descarnado, del humano como concepto, como desarraigo y eslabón. Estrangular la vida, sacrificarla a la claridad, evadirse de la aflicción pretextando someter viejos infortunios, todo esto ha producido la Razón y todo esto hemos heredado nosotros para llenarnos de desdén.

Mas ahora no faltan los dioses, olvidados ya en una bruma que se disipa a lo lejos; lo que hechamos de menos es el Ser, un principio de estabilidad que reduzca lo incierto a cláusulas firmes e intertemporales. Nos falta también fuerza para reconducir el anhelo interior, el deseo precipitado de la soledad por todo lo otro, ese eros

cautivo en nuestra ánima intransferible. Todo esto falta sobrándonos todavía demasiada conciencia orgullosa, una conciencia con la que mantenemos aún una relación feudal, de vasallático sometimiento, parecida en cierto sentido a la que mantuvo el delirante licenciado Vidriera con su cuerpo de cristal, con la petrificación a que le condujo su espíritu desvariado.

UN MITO PARA EL PRESENTE

Es preciso remitirse a Cervantes para instruirse en el disparate. De su pluma nacieron los ejemplos máximos de la necedad humana. Uno, el del hidalgo extraviado que perdió la luz volteando libros. Otro, el de Tomás Rodaja, humilde licenciado que por un amorío hostil acabó quebradizo como el cristal. Alonso Quijano es el perfecto modelo del hombre de acción y de coraje. Su locura estriba, antes de nada, en la aterradora sumisión en que ha vivido la mayor parte de su vida. Sus entusiasmos no atravesaron nunca el polvoriento ámbito de algunos libros viejos. La Mancha, ese pedazo de tierra crispadamente horizontal, donde impera un Sol que sorbe tierra, es el lugar menos apropiado para la aventura. Arriesgarse a realizar una misión erizada de peligros requiere del hombre decidido, desde luego, una extraordinaria firmeza de voluntad. Pero es tan ancha aquella región, está tan despoblada de hombres y monstruos, que mucho extrañaría que el aventurero más enérgico y audaz no faltara a su tórrido propósito y que, arrepintiéndose al rato, volviera sobre sus pasos. Don Quijote es el colmo de esa voluntad aventurera, pues sabiendo que hay que cruzar un territorio infinito para hallar ocasión de descomunales hazañas, inventa allí mismo el prodigio. La locura de Quijano nace, pues, de su necesidad de ser en un riesgo que no hay, por tanto, que debe inventar. Es el hombre obligado a adecuar la realidad a sus anhelos y a tomar por realidad, cuando ésta se oculta y no responde a sus exigencias, cualquier cosa que la esconda en esbozo. Su disparate, si cabe llamar así a algo que no nos conmueve cuando procede de otros ámbitos presuntamente más eficaces, resulta de la convicción con que asume sus metáforas, pues metáfora es, no hay duda, el gigante que es molino o la fortaleza que todos llaman venta o posada. Metáfora, debemos decir, tan metafórica como las que cimentan, bien que en otros términos, buena parte de nuestro patrimonio científico y filosófico.

El otro caso de locura, complementario a éste, quizás pensado por su autor como envés de lo mismos, es la del Licenciado Vidriera. El desengaño erótico, la desdicha que supone contar con el deseo y no poder realizarlo, produce en él una curiosa reacción. Tomás Rodaja se arma de recelo, una especie de anestésico precaución se apodera de todo su ser, en sus entrañas cede la convicción, común en su siglo, de que lo más sensato es la duda; duda extraordinaria, ciertamente, equiparable tan sólo al dudar del filósofo galo que poco después acabaría refugiado en una reducida habitación para cubrir el mundo de metódica incertidumbre. Si Alonso Quijano representa un máximo de impulso y de deseo, hasta el punto de que tiene que inventar a su amada para no dejar de vivir la vertiente de obligación que compone todo enamoramiento, Rodaja es el hombre de la máxima pasividad y contención. El pre-

fiere andar en sí mismo a recorrer un territorio que se avisa aterrador, bien es verdad que por haber sido antes recorrido en el fracaso. El desvarío, tal y como lo define Cervantes en sus obras, es siempre extremo; riesgo que cabe sufrir cuando se logra un máximo o un mínimo de dramatismo, de actividad, de ejercicio humano y libre.

Cervantes sabía muy bien que el hombre es lo que hace y que todo hacer arrastra consigo un margen de imprevisibilidad. No se trata de recurrir a la libertad —la libertad del personaje para errar su vida— con el propósito de hacer literatura. En Cervantes no encontraremos vestigio de ese espíritu trágico que elevaron los griegos. La vida humana es drama y lucha sencillamente porque el hombre ha de habérselas con un mundo lleno de dificultades, en el que no es fácil, ni tan siquiera previsible, cumplir con la vocación o el deseo que nos destina. El disparate aparece cuando se obliga a las cosas a ser como nuestros anhelos, cuando, como Don Quijote, tratamos de reducir el mundo a nuestra aspiración. Don Quijote representa, en este sentido, al individuo que no advierte diferencia alguna entre sus propósitos y la circunstancia donde debe cumplirlos. Se figura que lo constitutivo de ésta es su facilidad para satisfacer su propósito y por ello, pues pronto descubre que existe en una obstinada alucinación, el mundo real, el mundo que se empeña en contrariarle y resistírsele, le parece embrujo y sortilegio engendrado por encantadores malvados que gustan de confundirlo escamoteándole aquello que él cree, y lo cree de firme, más verdadero.

Si el hacer es tan precavido que presente en toda acción la posibilidad del fracaso, la insatisfacción del anhelo que la inspira, con todo lo que esto supone de inquietud, de íntimo desasosiego, el desvarío llámase Tomás Rodaja. Este otro extremo de locura emerge de lo contrario de lo que afectaba a Don Quijote. El Licenciado Vidriera ejemplifica el caso del hombre fatigado de fracasos. El lamentable resultado de su pasada actividad concluye en anestesia —anestesia que Cervantes, siempre sutil, denomina bebedizo—, sobrecogiéndole el ánimo y forzándole a vivir con la desdicha de prever en cualquier acción futura indicios muchos de sobrado peligro. No hay tarea o deseo que no contenga en esbozo aterrores desgarramientos. A la postre es su alma —el cuerpo quizá cumpla en el relato cervantino una misión metafórica— la que se torna quebradiza, pues es el fondo desde donde irradia una insoportable desilusión. Las cosas circundantes, se figura Vidriera, son en extremo resistentes, dificultan al tiempo que suscitan cualquier impulso de acercamiento a ellas, y como en su seno el alma es una frágil porcioncita de debilidad, lo más razonable parece ser el cuidado. En este sentido no es casual, desde luego, que el pobre Vidriera se deje dominar por un temor muy concreto hacia los niños del mundo. Nada más conturbador que la inocencia en torno, una inocencia que, por otra parte, puede resultar extremadamente cruel, pues a un alma precavida, cartesianamente provisional, el arrojo de la criatura aún informe y apenas perfilada, anhelante de esperanzas que emanan de lo todavía no contenido, puede llevar al traste el más metódico cuidado. La locura de Tomás Rodaja teme por encima de cualquier otra cosa a lo que actúa de forma imprevisible, a quien hace porque sí, movido por un resorte de nativa travesura, como el cuerpo o el niño. El hecho de que esté persuadido de la cristalización de su cuerpo, es decir, de la forzosidad de pasar por las cosas como un espejo que únicamente pue-

de reflejarlas, nos sitúa de lleno en el punto de vista que nos hace frágiles, la íntima hendidura, el diminuto resquicio por donde transitamos al mundo, y que no es un mero espejar, en efecto quebradizo, sino algo muy diferente, ya que debe ser llamado diferente lo que se siente extraño a las cosas y alberga algún temor de que éstas nos desgarran. Mas no hay otro tránsito verdadero que el que pone al hombre en peligro de fractura. Entre el mundo que nos trastorna y reclama, y el anhelo de hacerlo nuestro, no de tomarlo, como acaba haciendo D. Quijote, no de esquivarlo, como pretende el licenciado Vidriera —por cierto, hombres pese a todo discretos y llenos de lectura, de sabiduría libresca—, se nos exige lo único que no es desvarío, cierta apropiación más modesta en la que la distancia entre el hombre y las cosas se acorta, pues tanto éstas como aquél son parte de un mismo abrazo, de un mismo amoroso vínculo.

CODA CON VERSO DE RILKE

Soledad y desolación, desierto, dejaron los dioses un día al desaparecer. Sobre ese vacío o abismo desplegó el hombre un punete de razones, de ideas más o menos afortunadas que trataban de disipar el vértigo producido. La conciencia, el breve resquicio elegido para salvar los precipicios que nos distancian del mundo, se aventuró entonces por un sendero que conducía a la plenitud. Ha de haber la plenitud, el Ser, para que no sea eterna la soledad. Y el Ser, producto del desgarramiento, carne procedente a la vez de las cosas y del hombre, se adueñó de aquella oquedad que nos inquietaba. En mala hora, pues hubo Ser mientras hubo conciencia que lo espejara, razón pura y nítida capaz primero de descubrirlo y después de inventarlo cual necesidad. La filosofía, zurcidora del abismo en que aparece el hombre desolado, se aventuró en el mundo emulando hazañas de hidalgo manchego. Primero quiso aproximarse, sólo aproximarse con delicada suavidad, mas muy pronto el universo tuvo que satisfacer su ambicioso anhelo y transfigurarse, si otro remedio no quedaba, en el fantasmagórico espejismo donde fuera factible lo descomunal: el espíritu humano donde dios, la aventura donde rutina. La conciencia acabó apoderándose de un mundo que interpretaba a su imagen y semejanza, del que se sintió en origen vicaria y luego madre. Locura que ahora pagamos en verdad, y que pagamos con una locura tal vez mayor, pues padecemos su otra cara, el miedo a quebrarnos, a que se fracture lo poco que somos. El resultado es un estar no estando en el mundo, un vivir que es un morir de cuidado, un querer y no querer a lo importante. La demasiada conciencia y coraje nos ha conducido a la pasividad. Todos encerrados en la minúscula mónada interior, presagiando zozobras en mares que otrora creímos inventados para navegar. El mar que marea nos arrastra, empero, un verso suyo y nuestro que se oye solo, como cuando aquél se crispa en la pequeñez de la caracola y revoca su angostura, un verso del gran Rilke que reza así:

*"«on todos los ojos ve la criatura
lo abierto. Sólo nuestros ojos están
como vueltos del revés y puestos del todo en torno a ella,
cual trampas en torno a su libre salida.»*